

PONENCIA

# IDENTIDAD E HISTORIA PROFESIONAL<sup>1</sup>

Nidia Aylwin<sup>2</sup>

*El propósito de este texto, como su autora lo indica, fue compartir algunas reflexiones personales sobre "la importancia de la historia para la constitución de la identidad profesional. El Trabajo Social durante su trayectoria como profesión en América Latina ha tenido dificultades para definir su identidad, las que pueden ser ejemplificadas en el cambio de denominación profesional en el Trabajo Social chileno: de visitadores sociales a asistentes sociales y, luego, a trabajadores sociales. De algún modo, cada uno de estos cambios ha significado el deseo de romper con una identidad previa que ya no responde a las necesidades e inquietudes profesionales, y al deseo de constituir un Trabajo Social distinto, que responda en forma más eficaz a los requerimientos de la realidad social. Estos cambios son la manifestación de una reflexión de la profesión sobre sí misma, a la luz de las circunstancias históricas que en cada momento la contextualizaban" (Aylwin, 1998). En atención a la trayectoria y liderazgo que Nidia Aylwin ha ejercido, tanto en lo relativo a la formación profesional como a la constitución de la disciplina del Trabajo Social, nos ha parecido importante su difusión.*

En las profesiones, como en los individuos, la identidad está influida por un conjunto de factores y se constituye en relación dialéctica con una sociedad, un período histórico y una cultura que la van configurando permanentemente. De este modo, la identidad profesional depende del pasado, de donde surgen las primeras identificaciones que dan origen a la profesión y le permiten desempeñar un papel en la sociedad, y, a partir de esa base, se va enriqueciendo y modificando, en la medida que va

recibiendo nuevas demandas sociales, teniendo acceso a nuevos roles, aumentando su caudal de conocimientos y profundizando la reflexión sobre su propia práctica.

Erikson (1979) afirma que cuando observamos la trayectoria del pasado de una disciplina o la historia de su asentamiento, se observa que, antes o después, ésta parece haberse convertido en "clásica", término que denota a la vez

<sup>1</sup> Este artículo constituye en su origen una ponencia presentada por su autora al XVI Congreso Latinoamericano de Trabajo Social, realizado en Santiago de Chile entre el 11 y el 15 de noviembre de 1998.

<sup>2</sup> Profesora Escuela de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile.

madurez de forma y finitud. Cada disciplina tiene su propia postura clásica, a partir de la cual en determinados períodos históricos se ve enfrentada al surgimiento de ideas transformadoras que habitualmente conducen de la incredulidad a la verificación científica y desde su rechazo en el orden filosófico a un nuevo sentido de coherencia clásica. De este modo, se incorporan los nuevos conceptos, de manera que los enfoques que en un momento fueron revolucionarios pasan a convertirse en enfoques clásicos. La capacidad de integrar estos nuevos conceptos y avanzar con ellos en el proceso de construcción del conocimiento, sin desconocer la importancia de la primera etapa clásica, es manifestación de la madurez alcanzada por una disciplina.

Coincidimos con Jorge Torres (1987) en que la etapa clásica de la profesión correspondería al Trabajo Social tradicional, que, consolidado como profesión y equipado con los tres métodos tradicionales de caso, grupo y comunidad, se desempeña en diversos campos gubernamentales y no gubernamentales, teniendo como foco de interés las necesidades humanas y las políticas sociales. Las décadas del 40 al 60, en que hubo un gran crecimiento y desarrollo de la profesión, corresponderían en nuestro país al Trabajo Social clásico.

El cambio de las circunstancias históricas y políticas en América Latina permite entender el desarrollo de la reconceptualización, proceso que constituye el primer gran cuestionamiento del Trabajo Social clásico y que se inicia a mediados de la década del 60. A partir de un rechazo al contenido asistencial y adaptativo de la profesión, pasó a la negación de las prácticas profesionales anteriores y a la búsqueda de un nuevo Trabajo Social al servicio del hombre latinoamericano oprimido y dominado, comprometiéndose con los procesos de transformación social.

Escribiendo en 1976 acerca de la reconceptualización, Scaron de Quintero destaca que ella fue "una emergente del movimiento general de cambio de todo el continente; respondió y responde, no cabe duda, a una determinada comprensión del hombre y del mundo; podrá discreparse con ese enfoque de la realidad, pero no puede negarse ni minimizarse la existencia de ese leit-motiv que es lo que da sentido, justamente, al esfuerzo por el cambio. Un esfuerzo que en muchos aspectos fue caótico, disparejo y desmesurado en algunos extremos; que mezcló confusamente el interés profesional con intereses personales o de grupos; que recorrió todo el camino de la crisis en la búsqueda leal de la propia identidad. Como todo movimiento de transformación profunda, pasó de la tesis, aceptada hasta entonces como inmutable, a la antítesis radical y violenta, a la negación y destrucción de todos los postulados anteriores. El tiempo transcurrido, la decantación de los elementos en juego y, sobre todo, las alteraciones ocurridas en la situación externa, ¿conducirán a la síntesis renovadora, o se producirá la regresión al estadio anterior, como si este episodio fuera sólo un incidente olvidable y superado?" (en Alayón y otros, 1976, p. 219).

A más de 20 años de esa pregunta, podemos afirmar que la reconceptualización no fue un episodio olvidable, y que sí se ha ido produciendo, con diversos altibajos, una síntesis renovadora. Pese a haber sido abruptamente interrumpida y quedado trunca por el impacto de los regímenes militares en los países de la región, la reconceptualización ha sido el proceso más significativo en la búsqueda de un Trabajo Social latinoamericano, porque le aportó elementos para alcanzar un nuevo nivel de desarrollo. Pese a todas sus limitaciones, la reconceptualización ha realizado aportes de gran valor, reconocidos en el colectivo profesional. Entre ellos, Palma (1984) destaca el haber denunciado la pretensión de neutralidad en el ejercicio del Trabajo

Social y haber propuesto la tarea de construir una práctica profesional en favor de los sectores oprimidos. A esto puede agregarse: la inquietud por aclarar la identidad de la acción profesional y por plantearse objetivos adecuados a la realidad latinoamericana; la lucidez respecto al sentido político de la acción profesional y la conciencia de las luchas de poder en las que ella se inserta; el fortalecimiento de la relación con las ciencias sociales y el interés por fundamentarse teóricamente y por avanzar en la relación teoría-práctica, desarrollando el conocimiento disciplinario.

Los elementos citados más arriba han sido incorporados al Trabajo Social en la etapa de post reconceptualización, sin que en la práctica éste abandone muchas de sus modalidades y formas clásicas de intervención, produciéndose en cierto sentido una síntesis, con diversos grados de integración.

Impulsó esta síntesis el cambio de las circunstancias históricas que se produjo en muchos países latinoamericanos, la necesidad, en esas circunstancias, de aumentar la profesionalización de la acción de los trabajadores sociales y de hacer uso de los métodos clásicos, enriquecidos por el desarrollo del conocimiento.

Un claro ejemplo de esta situación es el planteamiento del Colectivo de Trabajo Social, grupo comprometido con la reconceptualización, que a partir del trabajo realizado en la defensa de los Derechos Humanos durante la dictadura en Chile, redescubre el valor de la asistencia y de la atención individualizada.

Daniela Sánchez (1987) describe acertadamente el redescubrimiento de la asistencia y de la atención de casos que se produjeron en esta práctica de Derechos Humanos:

*"Muchos de los trabajadores sociales que hemos estado en esta práctica fuimos activos en el*

*proceso de Reconceptualización..., el cual criticaba específicamente el rol asistencial de la profesión, los métodos tradicionales - especialmente la atención de casos - y ponía el acento en el cambio social, en la concientización y en la organización y movilización popular".*

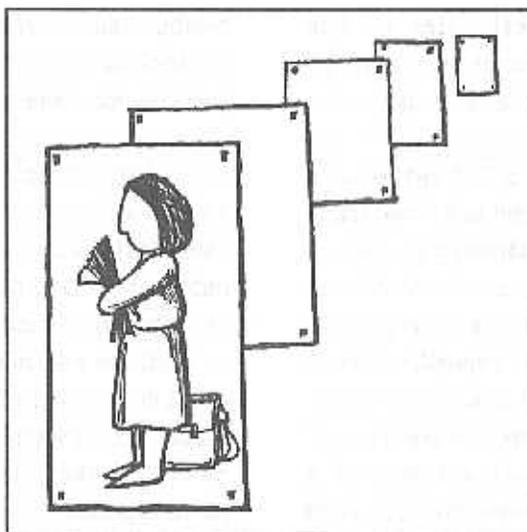
*"En este período ( de represión política) , teniendo como eje central de nuestra intervención el valor de las personas y su capacidad de ser sujeto, se nos ha reordenado la dimensión de la asistencia y el dominio de las habilidades que supone: manejo de recursos, atención de casos particulares, confección de informes y fichas sociales, etc. Pudimos comprobar que en este ámbito de acción la profesión tenía conocimientos a mano y un oficio bastante desarrollado".*

*"La experiencia nos ayudó a despejar la condena impuesta. La asistencia individual y social es condición necesaria para que la persona o grupo atendido pase de su calidad de víctima a la calidad de sujeto del problema y de su enfrentamiento".*

*"Alguien podría analizar esta situación como un fenómeno regresivo que afecta al Trabajo Social actualmente sometido a las condiciones generales del país. Sería una interpretación demasiado simple, porque ella se origina en la urgencia primera de salvar la vida de las personas perseguidas y en la prioridad más permanente de la subsistencia de las familias populares". (Sánchez, op. cit, p.7).*

Sin embargo, esta síntesis, que tan bien describe Sánchez, no es homogénea en el Trabajo Social, y en cada uno de nuestros países, junto a grupos de profesionales que la logran de una u otra forma, hay otros que continúan en una línea más tradicional, configurando así un universo heterogéneo de prácticas profesionales, que en su diversidad refleja una de las características constituyentes de la modernidad.

Nos encontramos en la actualidad en un momento del Trabajo Social post reconceptualizado, en el que se han desarrollado diversos enfoques y se continúa buscando la ampliación del horizonte de la práctica profesional. En la práctica no hay un solo Trabajo Social: hay diversos Trabajos Sociales desarrollados a partir de una raíz común, configurada por el valor del respeto a la dignidad de la persona humana, los objetivos de promoción humana, justicia social, bienestar y calidad de vida, la utilización en diversas formas de las modalidades de intervención constitutivas de la etapa clásica del Trabajo Social.



Siguiendo el planteamiento de Erikson, expuesto más arriba, en la post reconceptualización podría llegar a constituirse la segunda etapa clásica del Trabajo Social en América Latina, si es que continúa el esfuerzo de integración, para lo cual se requiere superar algunas limitaciones importantes. Entre ellas, me centraré en las que provienen de un excesivo énfasis en la desvalorización del pasado de la profesión, que predomina en la docencia y en la literatura profesional.

Porque es evidente que el Trabajo Social ha incorporado elementos de la reconceptualización, pero mucho del Trabajo Social reconceptualizado ha tenido y continúa teniendo dificultades para integrar en él, valorizándolos, elementos importantes del Trabajo Social clásico. Y mientras esta dificultad no se supere, no se habrá realizado la integración necesaria.

Erikson (1979) afirma que, normativamente, la formación de la identidad tiene su lado oscuro o

negativo. Cada persona y cada grupo albergan una identidad negativa, suma de todas aquellas identificaciones y fragmentos de identidad indeseables o incompatibles que el grupo (o la profesión, en el caso que analizamos) de algún modo ha tenido que sumergir en sí misma, porque en la actualidad no los comparte, pero claramente forman parte de su historia. En momentos de crisis exacerbada, un individuo o

un grupo puede llegar a sentirse incapaz de acoplar estos elementos negativos a una identidad positiva, perdiendo así la perspectiva que asegura una totalidad.

Lo que sucede en el Trabajo Social, a mi parecer, es que estos elementos negativos se destacaron tanto en la literatura y en la docencia, en el momento de la reconceptualización, que llegaron a influir más que los elementos positivos. Y esta situación no ha cambiado sustantivamente hasta hoy. Dudo que haya otra profesión que se cuestione tanto a sí misma y que presente en forma tan descalificadora el pasado profesional. Si bien hay elementos de identidad indeseables en ese pasado, como en toda profesión, en el caso de la nuestra con frecuencia ellos son destacados de tal modo que niegan todo valor de la acción profesional realizada en la etapa clásica.

Extraña situación la que hemos vivido, en que sectores importantes de una profesión en toda América Latina postularon que para desarrollarse profesionalmente había que partir por descalificar o negar lo más importante (por lo menos cuantitativamente) que esa profesión había hecho hasta ese momento, desconociendo no sólo una definida trayectoria histórica, sino también el hecho

de que las funciones profesionales no son establecidas aisladamente desde el interior de un colectivo profesional, sino asignadas socialmente.

¿Por qué sucedió esto en el Trabajo Social, y no en otras profesiones? ¿Por qué la Psicología, la Medicina, la Enfermería, que también estaban en procesos de reformulación, no se autodescalificaron por realizar atención individual, y sí lo hicimos nosotros? En el período de reconceptualización en Chile, no era el Trabajo Social la única profesión que se estaba cuestionando. Palma (1984) señala que los problemas que se enfrentaban no eran propios del Trabajo Social, sino que atravesaban una gama amplia de profesiones, en la medida que éstas buscaban definirse, no según los roles que socialmente se les habían asignado, sino en relación al servicio que prestaban en situaciones concretas de los usuarios. Y afirma que es privilegio del Trabajo Social el haber sido la avanzada en cuanto a formular estas preguntas y haber iniciado la búsqueda de respuestas, aun cuando éstas no hayan sido siempre las más felices.

Efectivamente, las respuestas que la reconceptualización buscó alejaron este proceso de la práctica profesional. En parte, ello refleja la gran desvalorización de la práctica profesional que compartían los reconceptualizadores, impulsada en gran medida por los científicos sociales que se desempeñaban como docentes en las Escuelas de Trabajo Social, los que, lógicamente, no la conocían. En parte, refleja también la sobrevaloración de la perspectiva ideológico-política en la crítica al período clásico, lo que impide la visión de la totalidad, al ubicarse exclusivamente desde un plano que menoscaba los aspectos operativos de la profesión, y no da cabida a otras visiones que surgen al ubicarse en el plano de la propia práctica profesional y al conocer las perspectivas de los beneficiarios y de los propios trabajadores sociales. Alayón (1989) reconoce que el solo análisis de los

condicionantes estructurales y coyunturales de las profesiones no despeja acabadamente las particularidades de cada disciplina.

Esta visión, casi exclusivamente negativa de la práctica tradicional, no sólo fue característica del período de la reconceptualización, sino que se mantiene hasta hoy. Para identificar los elementos negativos que se destacan con mayor frecuencia en el estudio de la historia profesional, podemos acudir a textos clásicos que se utilizan en la actualidad en la enseñanza del Trabajo Social, particularmente en el ramo de Introducción al Trabajo Social. Para este estudio se han analizado los textos de Ezequiel Ander Egg y de Jorge Torres sobre Historia del Trabajo Social.

Ander Egg (1985) presenta la evolución histórica del Trabajo Social como profesión dividida en tres etapas, en las que predominarían secuencialmente tres concepciones de la profesión, que él denomina benéfico-asistencial, aséptico-tecnocrática y desarrollista, y concientizadora-revolucionaria, destacando en la identificación de estas concepciones la descalificación de las dos primeras, que corresponderían al Trabajo Social clásico.

En la etapa benéfico-asistencial, esto es evidente a partir de una identificación de la asistencia con el asistencialismo y la afirmación de que *"hoy las acciones benéfico-asistenciales son un resabio de otras épocas, en la que los ricos cumplían con su "deber de conciencia" repartiendo migajas y restos de sus festines...Nos resulta difícil de imaginar a un profesional del Servicio Social que tenga un mínimo de dignidad "colaborando" en estas tareas "asistencialistas" y "miserabilistas". O dicho con más simplicidad y precisión: no podemos imaginar en esto a nadie que no se haya degradado humanamente"* (p.260).

La sola denominación dada a la concepción aséptica-tecnocrática es ya descalificadora. Se identifica a esta etapa con la aparición de "los tecnócratas que huelen a lavanda inglesa. Son los profesionales del Servicio Social químicamente puros: incoloros, inodoros e insípidos. Se pretende lograr una objetividad aséptica, una actitud neutral y realizar una acción estándar. Tanto se ha insistido en esto, que se ha formado un tipo de profesional que por pura neutralidad carece de toda vibración humana frente al dolor y la miseria. Y son tan asépticos que consideran toda consagración apasionada y comprometida como contraria a la objetividad profesional" (p.261). Este enfoque aséptico-tecnocrático caracteriza, para el autor, la práctica tradicional del Trabajo Social, "práctica mimética y repetidora, reducida frecuentemente a una imitación fatua y estéril, y a una posición aséptica en lo ideológico y en lo político, que mantuvo a la profesión en una 'dorada mediocridad'" (p.312).

Torres, a su vez, distingue cuatro fases en el desarrollo de la profesión: Trabajo Social tradicional o clásico, Trabajo Social desarrollista, Trabajo Social reconceptualizado y Trabajo Social post reconceptualizado. En su caracterización de las dos primeras fases, que son las atinentes a este estudio, destaca el origen pragmático y funcionalista de la profesión, y ubica al trabajador social en el rol de entrega de sedantes de alivio temporal a la población carente de recursos:

*"Al trabajador social no le correspondía conocer la verdad, sólo actuar para ocultar el trasfondo de los intereses económicos, políticos, sociales y religiosos prevalecientes. La Iglesia, el sector privado y el Estado agudizaron el pragmatismo profesional en sus guías de fraternidad, benevolencia y leyes normativas de seguridad social, trayendo como consecuencia la enajenación profesional que le impedía conocer*

*la realidad. El obrar por el obrar, o el hacer el bien sin mirar a quién o por qué, determinó la primera fase profesional destinada a adaptar a los inadaptados con correctivos rehabilitadores suministrados como dádivas de salvación" (p.237). "Frente a los problemas, el trabajador social es convertido en un instrumento neutral, impasible ante la realidad como intermediario de los intereses antagónicos de la sociedad" (p.241).*

Cabe preguntarse, en primer término, en qué medida estas narrativas del pasado que se construyeron durante la reconceptualización son adecuadas a la realidad que pretenden describir, y reflejan con justicia los esfuerzos profesionales del pasado. Señalamos ya que los reconceptualizadores estaban con frecuencia alejados de la práctica profesional, y algunos de ellos no eran trabajadores sociales. El desconocimiento de las potencialidades y logros de la práctica del Trabajo Social condujo a ver sólo sus carencias y limitaciones.

Se juzgó además esa práctica a partir de marcos de referencia que no estaban a disposición de los profesionales en la etapa clásica, en la que, las ciencias sociales aún no se habían desarrollado en nuestros países. Recordemos que en Chile, las Escuelas de Trabajo Social se crearon antes que las de Sociología, Psicología y Antropología.

Esta es una de las conclusiones de la investigación realizada en 1971 por un equipo de docentes de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Católica de Chile. Al estudiar las relaciones posibles de establecer entre los principales acontecimientos históricos las políticas sociales y económicas de los gobiernos, las manifestaciones de lucha del movimiento obrero y las respuestas generadas por el Trabajo Social de las Universidades, descubrieron una

correspondencia no muy exacta en el tiempo, pero mediatizada por diversas influencias, tanto institucionales como personales. El aspecto en que se observó menor correspondencia era las manifestaciones de lucha del movimiento obrero.

Los investigadores señalan que un intento de explicación debería buscar las causas de ello en las funciones que el sistema ha asignado al servicio social profesional: un papel generalmente conciliador, ideológicamente "neutro", paternalista y desposeído de verdadero instrumental científico de interpretación y transformación de la realidad. Pero a continuación afirman: *"Sin emitir juicios de valor respecto al pasado, creemos que el servicio social no podía haber tenido otras características; contradictorio sería esperar lo contrario, ya que la maduración político-social del país no había aún alcanzado un nivel que permitiera a una profesión romper con el sistema. Tampoco el desarrollo de las ciencias sociales facilitaba una correcta interpretación de las causas reales, estructurales de los problemas típicos enfrentados por el Servicio Social; y, por último, no debe olvidarse que el acceso a las universidades (y por lo tanto a las Escuelas de Trabajo Social) fue hasta hace muy poco tiempo privativo de las clases más acomodadas"* (Solís et al, "Investigación histórica sobre el desarrollo del Trabajo Social en Chile", separata de la Revista Trabajo Social n°6, Santiago, 1971).

Una mayor cercanía a la práctica, un mayor esfuerzo de conocimiento y el aumento de la complejidad en el análisis, nos permitirían sin duda rescatar los aspectos positivos descartados, que surgen de otras narrativas, generalmente silenciadas,

porque la literatura no las recoge, ya que se han transmitido básicamente en forma oral. Pero la mirada desde la cual los textos de Historia del Trabajo Social analizados describen la etapa clásica de la profesión es la de la reconceptualización y no la de la post reconceptualización, puesto que no incluyen en ese análisis los elementos del Trabajo Social clásico que han sido revalorizados y que se continúan utilizando en la práctica profesional.

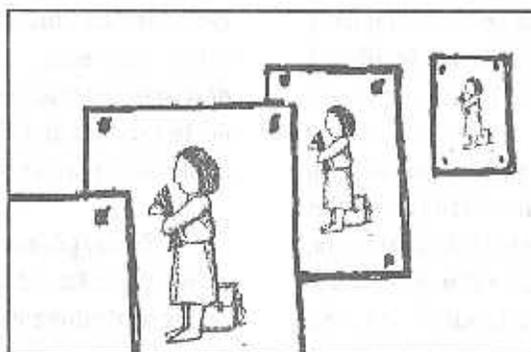
Especialmente negativa es esta visión descalificadora de la historia profesional cuando ella es presentada a los jóvenes alumnos que se incorporan a las Escuelas de Trabajo Social. El alumno de Trabajo Social que se interioriza del pasado de la profesión por estos textos se queda sólo con esta descalificación, pues ellos no aportan

información que le permita hacer una apreciación más completa de la práctica profesional del pasado.

Habitualmente, esta materia está incluida entre los ramos de primer año de la carrera. Pensemos en la reacción de un alumno adolescente, que ingresa a la universidad lleno de

expectativas. Lo que él más necesita es saber lo que es Trabajo Social, su papel en la sociedad, su trayectoria histórica, sus formas de intervención y las potencialidades y perspectivas actuales de la profesión. Él necesita también recibir orientación e impulso para el desarrollo de su vocación. Pero se encuentra con esta visión negativa del pasado, que le muestra las carencias más que los logros alcanzados por la profesión.

En estas condiciones, es poco probable que el alumno valore la historia del Trabajo Social, y en muchos casos su compromiso con la carrera es débil, porque a la formación que recibe se le han cortado



las raíces. De este modo, estos elementos negativos, algunos ya convertidos en prejuicios, se van transmitiendo de generación en generación. Es posible que esto constituya una de las dificultades importantes que se le presentan al Trabajo Social en el desarrollo de su identidad profesional.

Porque una dimensión esencial del ser humano contemporáneo es su conciencia histórica. Sabemos que nuestro presente está relacionado con un pasado en el cual hunde sus raíces, y este conocimiento nos permite la posibilidad de avizorar el futuro. Pero, al mismo tiempo que el pasado influye en el presente, nos cuestiona sobre nuestra responsabilidad personal y en relación al conjunto de la sociedad en la construcción de ese futuro.

De igual modo las profesiones, en cuanto colectivos humanos, van construyendo su historia a partir de esa dimensión fundamental que es el trabajo que realizan en la sociedad, de la misión que se sienten llamadas a desarrollar y del significado que atribuyen a su experiencia.

Esta historia es, pues, una experiencia colectiva que genera una memoria colectiva y es también una posibilidad de encuentro y de diálogo entre generaciones en torno a los temas claves de la profesión.

Si tomamos, por ejemplo, el valor básico del respeto a la dignidad de la persona humana, la historia nos liga a los trabajadores sociales del pasado por medio de la continuación de las luchas que ellos dieron por este valor, y nos liga con los trabajadores sociales del futuro, que continuarán esta lucha. De este modo, puede decirse que la historia es el lugar de encuentro de los que estamos con los que ya se fueron, de los vivos con los muertos. En cada época histórica, los trabajadores sociales tuvieron distintas oportunidades, y en función de ellas buscaron diversas formas de promover el respeto a la dignidad de la persona humana; en cada

época también hubo entre los profesionales diversas formas concretas de adhesión a este postulado - desde las más comprometidas a las más difusas-, pero el valor del principio se mantuvo, se mantiene en la actualidad y se mantendrá en el futuro, como una gran opción ética de la profesión.

El problema se suscita cuando se desconoce esta secuencia histórica, porque se niega arbitrariamente todo valor al pasado. Cuando se escribe la historia del Trabajo Social, es esencial tener claridad sobre la función que la profesión ha desarrollado al servicio del sistema e identificar las limitaciones y contradicciones que se muestran en su práctica, pero antes de hacer esto último es necesario presentar una visión completa de la práctica profesional, sus aportes y sus logros en cada momento histórico.

Por eso pienso que es necesario reescribir la historia del Trabajo Social de modo que sea posible rescatar la práctica profesional del trabajador social. Aplicando a nuestra profesión las proposiciones de Zuluaga (1987) para la práctica pedagógica, esto significa hacer historia de un saber que posee un sujeto históricamente definido: el trabajador social, pero que ha sido socialmente marginado como portador y como productor de saber, ya que tanto la condición del Trabajo Social entre las disciplinas como la condición del trabajador social entre los intelectuales y del práctico entre los docentes, son subalternas.

La historia de la práctica profesional posibilita el análisis de las "formas de lo dicho", de las narrativas que surgen de la práctica y a través de las cuales el Trabajo Social produce formas de enunciación de los saberes. "Esta aproximación permite la apropiación de un capítulo de nuestra historia cultural, al convertir en objeto de análisis la memoria del saber institucionalizado y de los sujetos que mediante él participan de una práctica." (Zuluaga, op cit, p.26).

Se trata de ir más allá de una historia que es el resultado de concepciones generalizadoras del Trabajo Social, en que la trayectoria de la profesión se clasifica según periodizaciones que surgen de la contextualización y los marcos de referencia utilizados, generalmente con mayor énfasis en la sociología. Esa historia es necesaria porque nos permite entender las grandes orientaciones o movimientos que se han sucedido en el Trabajo Social, en el contexto de los acontecimientos históricos y políticos de cada país; sin embargo, deja en la penumbra la auténtica historia de la práctica profesional. Ésta "se efectúa sobre su propia discursividad, sobre el propio régimen al que estuvo sujeta; no necesita interrogar otras prácticas para conferirse identidad, porque ella está inmersa entre otras prácticas sin que por ello se borre su especificidad, y tiene así sus límites bien demarcados por el saber profesional y por la práctica de este saber en la sociedad" (Zuluaga, op.cit.p.27).

Zuluaga afirma que el saber es el espacio más amplio y abierto de un conocimiento, es un espacio donde se pueden localizar discursos de muy diferentes niveles: desde los que apenas comienzan a tener objetos de discurso y prácticas para diferenciarse de otros discursos y especificarse, hasta aquellos que logran una sistematicidad que todavía no obedece a criterios formales. De este modo, el investigador que se acerca a explorar esta historia puede movilizarse desde las regiones más sistematizadas hasta los espacios más abiertos que están en permanente intercambio con las ciencias humanas y otras disciplinas y prácticas. Lo anterior implica que en un saber se encuentran diferentes niveles de discursos, de acuerdo con el estado de los conocimientos en diversos períodos, por lo cual la historia del saber profesional puede incluir entre sus fuentes gran variedad de documentos,

tales como manuales, informes, ensayos, teorías, reglamentos, etc., así como testimonios orales de trabajadores sociales.

Ésta podría ser también una forma de registrar el importante elemento de arte que incorpora la práctica profesional, en el modelo de práctica reflexiva postulado por Schön (1983, 1988).

Sostiene este autor que el modelo de la racionalidad técnica, que los profesionales aprenden en la universidad, no funciona frente a las situaciones confusas e indeterminadas que se presentan a los profesionales en la práctica. A menudo también, la situación problemática es única como caso, y cae fuera de las categorías que nos aportan la ciencia y la técnica, lo que exige al profesional una suerte de improvisación, creando y probando estrategias inventadas por él en esta situación. Otras situaciones problemáticas plantean conflictos de valores. En estos casos, el profesional competente no sólo debe solucionar problemas técnicos seleccionando medios adecuados a los fines, sino que debe conciliar, integrar o elegir entre apreciaciones diferentes y conflictivas de una misma situación, para poder construir un problema coherente por solucionar. Con frecuencia, las situaciones son problemáticas en varias formas al mismo tiempo.

Frente a esta situación, en que la realidad no "calza" en los modelos enseñados, los profesionales desarrollan un proceso intuitivo y artístico de reflexión en la acción, en el cual, aunque hagan uso de las teorías y técnicas aprendidas, reconocen fenómenos que no pueden describir adecuadamente y desarrollan destrezas cuyas reglas y procedimientos les es difícil establecer. Esta es la dimensión del conocimiento profesional que es corrientemente tácito, que se encuentra implícito en nuestras modalidades de acción, y que nos es difícil

de describir, pero que se observa en toda práctica competente, la que revela siempre un conocimiento mayor del que habitualmente expresamos.

Es este conocimiento en la acción, este saber-hacer, uno de los elementos otorgadores de identidad que no ha sido registrado en la historia de nuestra profesión. Tampoco queda registrado qué es lo que han valorado históricamente los usuarios del Trabajo Social en nuestra acción profesional. Sabemos que esa valoración existe y se ha mantenido, con variaciones, durante toda la trayectoria profesional. En el período clásico del Trabajo Social en Chile, un dato concreto de esta valoración es la inclusión de peticiones para que se contrataran trabajadores sociales en los pliegos de peticiones presentados por los trabajadores en las empresas. En la actualidad, otro dato concreto surge de una investigación sobre la percepción del sistema de justicia en el país, realizada por el Instituto de Sociología de esta Universidad, donde una de las primeras demandas de los usuarios para mejorar el sistema es la mayor presencia de trabajadores sociales en él.

Se trata de reescribir nuestra historia profesional de modo que en los relatos de la intervención aparezca ese trabajador social olvidado de que habla Ricardo Zúñiga (1986): "Cuando el trabajador social escriba, deberá hacerlo como actor real, participante concreto, elemento significativo

de una realidad interactiva. Su trabajo no podrá esconderse en la descripción impersonal, o de un actor social único, que sería el cliente o la comunidad. Aun cuando hable de ellos como los actores principales, será necesario hablar de ellos a partir de una interacción, en la que la acción del práctico, del profesional, del educador, constituyó un elemento nuevo, una presencia adicional, una intervención" (p. 87). Ampliando este pensamiento, podríamos afirmar que cuando se reescriba la historia del Trabajo Social, deberá hacerse a partir de la práctica del trabajador social, destacando su papel central en la intervención profesional y buscando identificar y rescatar el conocimiento en la acción utilizado y generado en esta intervención.

Yo pienso que es necesario rescatar esta historia olvidada de la profesión. Y ésta es una tarea urgente, porque aún existen entre nosotros numerosos profesionales que participaron activamente en la etapa clásica del Trabajo Social. Conocer sus experiencias, recoger sus testimonios, recopilar la documentación que sin duda aún conservan, nos permitirá enriquecer y ampliar el conocimiento de la historia del Trabajo Social en cada uno de nuestros países. Y de allí surgirá, no lo dudo, una nueva visión de nuestra historia que, complementando las ya existentes, afianzará nuestra raíces y nos ayudará a transmitir a los futuros trabajadores sociales una identidad más sólida y positiva para enfrentar los desafíos del futuro.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALAYÓN, N.- *Asistencia y asistencialismo. ¿Pobres controlados o erradicación de la pobreza?* Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1989.
- ALAYÓN, N. y otros.- *Desafío al Servicio Social. ¿Está en crisis la reconceptualización?* Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1976.
- ANDER-EGG, E.- *Historia del Trabajo Social*, Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1985, 3ª edición.
- ERIKSON, E.- *Historia personal y circunstancia histórica*, Alianza Editorial, Madrid, 1979.
- MONTAÑO, C., Pastorini, A.- *Génesis y legitimidad del Servicio Social*, Fundación de Cultura Universitaria, Servicio de Documentación en Trabajo Social.
- PALMA, D.- "El desarrollo del Trabajo Social en América Latina", Apuntes para el Trabajo Social n°6, Santiago, 1984.
- SANCHEZ, D.- "Trabajo Social en Derechos Humanos: reencuentro con la profesión", Apuntes para Trabajo Social N° 13, Santiago, 1987.
- SCARON DE QUINTERO, M.T.- "A diez años de...", en *Alayón y otros: Desafío al Servicio Social*, Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1976.
- SCHÖN, D.- *The reflective practitioner*, Basic Books, USA, 1983.
- SCHÖN, D.- *Educating the reflective practitioner*. Jossey-Bass Publishers, London, 1988.
- SOLÍS, E. y otros.- "Desarrollo histórico del Servicio Social en Chile", separata de la Revista Trabajo Social N° 6, Santiago, 1972.
- TORRES, J.- *Historia del Trabajo Social*, Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1987.
- ZAMANILLO, M.T.- "Fisonomía de los trabajadores sociales. Los problemas de identidad profesional", Cuadernos de Trabajo Social, Madrid, 1987.
- ZULUAGA, O.L.- *Pedagogía e historia*, Ediciones Foro Nacional por Colombia, Bogotá, 1987.
- ZÚÑIGA, R.- "El trabajador olvidado", Apuntes para Trabajo Social, año 5, N° 12, Santiago, 1986.